REPORTAJES A LA REALIDAD

CASAMIENTO A LA URUGUAYA

HUGO ALFARO

DOS muchachos montevideanos como hay muchos. El, 21 años, estudiante de medicina, empleado en el CASMU, donde entró por concurso hace un par de meses; ella, 20 años, estudiante de derecho, primero de facultad. Pablo y Elida. Se habían anotado en el juzgado, en junio, e iban a casarse el 9 de agosto. Pero el 6 de julio le son encontrados a Pablo, en la camioneta de sus padres, unos volantes de la CNT y un repartido del posible compromiso político que pareció gestarse entre el Frente Amplio y un partido tradicional, después de los hechos del 27 de junio. Pablo quedó internado en el cilindro municipal, sin causa y sin plazo; y, como tantos clientes y aun miles de internados o demorados, a la espera de una libertad tan discrecionalmente decretada por las autoridades, cuando llegue, como lo fue su propia detención. Para él —Elida incluida— la expectativa tenía una fecha tope: el 9 de agosto en que pensaban casarse.

Empezan entonces las arduas gestiones, dignas de "La petición de mano", sólo que aquello parece más bien un manoseo. Se trataba de saber con tiempo suficiente, no ya si Pablo sería liberado —acaso que se pueda hablar de tal respecto, no existe—, sino si les sería permitido a los muchachos casarse igual, fuera trasladándose bajo custodia hasta el juzgado, o en el mismo cilindro. Imposible obtener alguna respuesta. Negativa, si era el caso: pero alguna respuesta. Recién a las diez de la noche del martes 7, la novia —después de una amanuense de dos horas— fue informada en jefatura de que la boda podía realizarse en el cilindro. Sí, el jueves 9, a las 14 horas, como se había concertado en un inicio. Pero ahora es el juez de paz el que opone reparos. No puede —alega—, ni siquiera en estas circunstancias, salir el jueves del juzgado, donde cluro: él no los casará. La oficial de la Dirección General del Registro Civil —adonde acude, perseverante, la comitiva nupcial— se hace cargo, en ese miércoles vertiginoso, de la situación y del casamiento, con encomiable diligencia y espíritu comprensivo. El jueves a las dos de la tarde están todos en el cilindro.

ERA día y hora de visita. De modo que fueron formándose dos colas: la de los familiares de los internados, ajenos al insólito episodio, y la de los invitados a la boda. Estos llegaron a sumar más de sesenta personas, aunque —por razones obvias— no se pudo participar más que a los allegados. El clima era, al principio, de incertidumbre. ¿Los dejarían entrar? A Elida, por supuesto que sí. Pero, ¿también a los demás? La verdad es que fueron pasando todos, y los guardiaciviles organizaron con buen ánimo aquellas dos corrientes disímiles de tránsito.

Un matrimonio que no se sabe cómo enterése del acontecimiento y quiso asistir, tuvo sus tribulaciones.

—Nosotros íbamos a ir al juzgado, pero después nos dijeron que se casaban en el cilindro. Mi mujer, no muy convencida, decía: "¿En el cilindro? ¿Te parece de ir?" Yo dije: "Lo mejor es ir, y allá veremos". Desde lejos divisamos la cola de familiares para la visita. Nos acercamos cautelosamente al guardiacivil que controlaba la entrada en una de las puertas. Yo no sabía cómo empezar. "Mire, señor (fui tanteando... por así parecer, que ya a habar... nosotros vinimos...". Pero el hombre, que ya se había hecho hasquenso, nos empujó con el gesto: "¡Ah... ¡, ustedes vienen por el casamiento? Por acá, por acá." De lo más cumplido.

Un familiar lejano, a su vez, bastante despistado con respecto al entorno, se sorprendió cuando le dijeron que Pablito se casaba en el cilindro municipal. "¿En el cilindro municipal? ¡Vaya! ¿y no hay algún hotel o confitería bastante grande? ¿tiene que ser en el cilindro municipal?" Hubo que explicarle que ahora en el cilindro hay presos y que Pablito está pasando allá unos días.

CUANDO estuvieron todos reunidos en el ambulatorio que corre bajo las tribunas —en uno de cuyos despachos se creyó sería la ceremonia— fueron todos invitados a subir por las anchas escaleras de cemento. Al frente Elida, de pantalones y sin maquillaje; aquél era un día hermoso para ella, pero era también un día como los demás. Al lado la juez y atrás, en grupo compacto, los padres, los amigos, los parientes. Irrumpe la comitiva por una de las bocas de acceso a las gradas y los acoge un caluroso aplauso. Todos los internados del cilindro rodean en la cancha de básquetbol —que es ahora un juzgado (¡lo que se perdió el juez de la 4ª)— al novio, que no lleva corbata y piensa para sí: "Esto es mucha bulla, mucha bulla". Por encima de las cabezas asoma un letrero: FELICIDADES. Nadie esperaba aquello, ni quiere, en 24 horas, lo habían organizado todo. La juez, lentamente, con un énfasis que subraya la emoción del instante, se coloca la banda con los colores patrios y pronuncia con esmero las gastadas, sacramentales palabras que resuenan a nuevo. Un espíritu de comunión, un espíritu bíblico, se cuela en aquel escenario que fue, sucesivamente, de luchadores en el ring y de simples luchadores. El miércoles había ido un párroco bienintencionado a ofrecer a los jóvenes sus servicios sacerdotales para casarlos según los ritos de la Iglesia; ellos no lo aceptaron por no ser católicos, aunque agradecieron el gesto. "Lo que los muchachos quiso no saber", me dice la madre de Pablo, "es que el casamiento fue «religioso», en un sentido verdaderamente evangélico. Aquello tenía algún parecido (no quisiera exagerar), con los cristianos primitivos, perseguidos y unidos en su fe. Cuando pocos días después encontré por la calle al buen cura párroco, le dije: «Padre, tuvimos un casamiento religioso estupendo». «¿Cómo?», preguntó sorprendido. «¿Quién les casó?» «Dios los casó, padre», y él dijo: «Está bien, está bien.»"

Lo que todos los allí presentes ignoraron en ese momento es que algún solicitó a La Radio —la radio Peñarol, para decirlo de algún modo— la propalación de la Marcha Nupcial a las dos de la tarde, "porque se está realizando un casamiento en el cilindro". Después Víctor Cayota, adelantándose de entre la masa de internados, entregó a la novia un ramo de flores "en demostración de afecto, de solidaridad y, aunque parezca paradójico, de libertad". Y entre recitados, canto y guitarra, hasta se comió la torta de casamiento (un clinch con rejas, por supuesto), preparada por el chef del Lion D'or, que figuraba entre los detenidos.

NO fue, sin embargo, el del 9 de agosto un impulso fugaz de solidaridad, puesto en marcha por lo insólito y estimulado por el caso. Ya corre, no por oral menos veraz, una tradición compañera del cilindro: la cantina, el botiquín, la limpieza, el abrigo, el aliento al que desfallece, los fogones alimentados por la leña de la solidaridad, son todas creaciones de la persecución y de la lucha. (Cómo no compartir ahora la alegría de Elida y Pablo! Son ejemplos que no dejan de impresionar a los guardianes policiales del orden (no siempre, y no a todos). Cuando llegó al cilindro la noticia de que había sido muerto el compañero Walter Medina, se cantó el himno "con todo", sin pedir permiso. Y el 9 de agosto, cuando una doble fila de dirigentes sindicales flanqueaba el paso de los novios, el padre de Pablo, al pronunciar unas palabras finales de agradecimiento antes de abandonar todos el extraño recinto, dijo: "No hubiera sido posible lograr un mejor selecta concurrencia en la boda de un hijo. Lancemos ahora un ¡Viva! al Uruguay que nosotros queremos." Y el grito, fervoroso, sacudió los cimientos del cilindro.

Afuera esperaba —paciente y comprensiva— la cola de visitantes. Lejos de protestar porque ya eran las 3 y habían perdido una de las dos magras horas semanales para ver a sus hijos, cambiaban sonrisas con los que iban saliendo y preguntaban —como siempre ocurre en "el civil"— cuál era la novia. Pero la novia no salió hasta un rato después. El comisario, alcanzado él también por la onda expansiva de solidaridad, había dicho a Pablo y Elida, entre sonrisas cómplices: "El cilindro es de ustedes, quédense nomás cuanto quieran".

Olvidaba el comisario, en su buen propósito, que ellos no quieren quedarse en el cilindro. Por encima de las tolerancias menores, asoma en el rico episodio, la sombra de este Uruguay inicivil.

DON VERIDICO

la caprichosa

MUJER que supo ser asunto pa la cuestión de los caprichos, aura que dice, Constituta Saña, la menor, casada con Facilito Suyo. Una mujer, Constituta, que cuando se le metía una cosa en la cabeza era inútil curtirla a palos; hasta que no le hacían el gusto no había caso.

Al tiempito de casada se le antojó que Facilito le hiciera una escoba con paja en las dos puntas, cosa de barrer el piso y sacar las telas del techo al mesmo tiempo.

—Pero mujer —le decía Facilito—, pa qué vas a sacar las telas que son de lo mejor pa cazar las moscas en el verano, y que un mediopanto hasta sirven pa curar lastimaduras si se cuadra.

—Vos —le respondió la mujer—, con tal de llevarme la contraria sos muy capaz de ponerte a criar arañas adentro del rancho. Pero ya mesmito me estás haciendo la escoba, si no querés que te arme un escándalo que se oiga a varias leguas.

—¡Vos me hacés un escándalo y yo te curto a palos!

—Güenos; si querés curtime, pero después, enseguidita, me hacés la escoba.

Facilito la miró como con ganas de sacudirle el aspecto a la persona, pero se fue hasta el galpocito y le hizo fior de escoba doble. Cuando se la enseñó, ella se puso de lo más cariñosa. Tenía eso de güeno.

Una tarde, dispues de sestiar, taban matiando en la cocina, Facilito cavilando y Constituta haciendo unos pasteles de natilla, cuando va ella y dice de mientras le dejaba chorriar la grasa a un pastel fue que dijo:

—Esta noche quiero dir a un velorio.

Facilito se quedó con las vistas clavadas en la pila e leña, dispues le hizo roncar el fondo al mate y ricién entonces contestó:

—¡Pero mujer, si no ha muerto naides en el pago!

—¡Ya tenías que salir poniendo peros! ¡Quiero dir y sanseacabó!

Facilito amagó a decirle algo, pero ella lo frenó con una amenaza:

—¡Dejaba de escusas, che! o me llevás a un velorio o los pasteles van a parar al chiquero e los chanchos!

Loco por los pasteles de natilla, y conociendo a la mujer, Facilito salió a visitar vecinos, de pasadita, pa saber cómo andaban de salú. Encontró unos pocitos apestados, pero como pa esa noche, no había pronto ninguno.

Cuando llegó al boliche El Rescate, taban la Duvija, Pianolo Nolo, el tape Olmedo, Oculino Suero, el pardo Santiago y Horrible Lúcido, tomando vino como por un tanto.

Facilito dentró, saludó, pidió una caña, se acodó al mostrador y allí quedó, preocupsio el hombre. La Duvija se le arrimó a preiguntarle:

—Qué le anda pasando, don, que lo hallo como ido.

—La mujer; que se le antojó estar de velorio esta noche, y no le encuentro ninguno.

—¡Como pa encontrar, con la bruta chicoria que tiene!

—Usté —intervino el tape Olmedo—, pa conformarla lo que tiene que hacer es agarrar y pegarse un tiro. Se pega un tiro y queda como un rey.

El pardo Santiago salió con que lo más mejor era armar un velorio en el boliche, que alguno hiciera e difunto, y que Facilito trajera a la mujer un rato y listo el pollo. Facilito salió a buscar a la mujer, y cuando volvió, asribia del mostrador, duro y estirado, con el fácol en la cabecera, el tape Olmedo. Constituta se le arrimó, lagrimiando.

—Mire usté —dijo—, velarlo en un boliche al pobre.

—Pa no tener que estar acarriando vino, doña —le esplicaron.

Al rato, Facilito le preguntó a la mujer por los pasteles.

—Quedaron lindazos —le contestó—; dispués vamos y si querés te los comés todos.

—¡Todos no! —gritó el tape Olmedo y se sentó—. ¡O me promete que me guarda alguno o se suspende el velorio!

Al otro día, en el chiquero e los chanchos, era una fiesta e natilla.